

DOCE HOMBRES

G. K. CHESTERTON



El otro día, mientras estaba pensando en cuestiones de moral y en el Sr.H.Pitt, fui, por así decirlo, secuestrado e introducido en un banco de jurado para juzgar a alguien. El secuestro duró unas semanas pero no dejo de parecerme algo repentino y arbitrario. Me sentaron ahí porque vivo en el barrio de Battersea y mi apellido empieza por la letra C. Mirando por el tribunal, vi una autentica multitud que había acudido a la citación del juzgado. Toda esta procesión vivía en Battersea y su nombre empezaba por C.

Parece ser que siempre citan al jurado haciendo estos barridos alfabéticos. De un plumazo oficial, por así decirlo, Battersea queda desnudo de sus C y se tiene que apañar como pueda con el resto de alfabeto. De una calle falta un tal Cumberpath, de otra un Chizzolpop, tres Chucksterfields de la mansión Chucksterfield, los niños lloran la ausencia de Cadgerboy, la comadre de la esquina llora por su Coffintop y no admite consuelo. Nos acomodamos juguetones en nuestros asientos, (somos una especie temeraria los C de Battersea, no nos preocupan las consecuencias) y nos toma juramento de forma totalmente inaudible un sujeto que parece un cirujano militar que hubiese entrado en su segunda infancia. Entendemos sin embargo que debemos juzgar bien y fielmente el asunto que enfrenta al Tribunal, la Corona y el prisionero. Los tres están, de momento, por aparecer.

Justo cuando daba por hecho que la corona y el acusado estaban seguramente llegando a un acuerdo amistoso en otra sala, apareció la cabeza del acusado por encima del banquillo. El cargo es robo de bicicletas y es la viva imagen de un amigo mío. Nos metemos con detenimiento en el asunto de robo de bicicletas. Juzgamos bien y fielmente el asunto de las bicicletas que enfrentan a la corona y al

acusado. Acordamos, tras una discusión breve pero profunda, que la corona no esta implicada en modo alguno. Después nos ocupamos de una mujer acusada de descuidar a sus hijos. Parece como si algo o alguien hubiese sido descuidado con ella. Soy uno de los que están más bien convencidos de ello.

Durante el tiempo en que el ojo observó estas apariciones y la mente formuló estos frívolos comentarios, el corazón sintió una pena primitiva y un miedo que el ser humano ha sido incapaz de formular desde el principio. Pero es lo que da su fuerza a la mitad de los poemas del mundo. Este estado de animo no puede ni sugerirse a no ser diciendo que la tragedia es la máxima expresión del valor de una vida humana. Nunca me había encontrado tan próximo al dolor y nunca tan lejos del pesimismo. Por lo general, no diría palabra de estas emociones oscuras, hablar de ellas es demasiado difícil. Las menciono ahora a cuento de una razón, concreta y específica, que inmediatamente expondré. Las menciono porque con su calor encontré, de forma curiosa, la confirmación de una verdad política o social. Vi con una claridad rara e indescriptible en que consiste realmente el jurado y porque nunca debemos abandonarlo.

Hasta la fecha, nuestra época se ha orientado de manera consistente hacia la especialización y la profesionalidad. Tenemos ejércitos profesionales porque luchan mejor, cantantes profesionales porque cantan mejor, cómicos profesionales porque se ríen mejor, etcétera. Numerosos escritores modernos han planteado esta idea para el derecho y la

política. Muchos socialistas fabianos han insistido en que la mayor parte de nuestra actividad política debería realizarse por expertos. Muchos juristas han planteado que el jurado lego debe ser suplantado por el juez profesional.

Bueno, si este fuese un mundo realmente razonable, no creo que hubiese nada que objetar. Pero lo que realmente aprendemos de la experiencia, la verdadera base de toda religión, es que la cuatro o cinco cosas más esenciales que debe conocer un hombre, son todas ellas lo que llamamos paradojas. Es decir que por más que resulten evidentes en la vida diaria, difícilmente podemos formularlas sin parecer culpables de contradicciones verbales. Una de ellas es, por ejemplo, el indiscutible tópico de que la persona que más disfruta consigo misma es la que menos lo pretende. Otra es la paradoja del valor que consiste en que la forma de evitar morir es no temiéndolo en exceso. Al que le importa tan poco partirse un hueso que trepa a una roca sobre las olas, puede que salve su vida con ese descuido. El que pierda su vida la salvará. Como ven un comentario totalmente prosaico y práctico.

Pues bien, entre estas cuatro o cinco paradojas que deberían enseñarse a cada bebé que juega en las rodillas de su madre, se encuentra la siguiente: a más mira una persona algo menos la ve, a más la estudia menos sabe de ello. El argumento fabiano a favor del experto, que debemos confiar en personas entrenadas, sería totalmente inexpugnable que fuese cierto que la gente que estudia algo y lo práctica cada día, entiende el significado y la

importancia de ese algo cada vez mejor. No lo hace. Cada vez ve menos de su sentido e importancia. De la misma manera en que nosotros, a no ser que nos recordemos que debemos ser humildes y agradecidos, vemos cada día menos el sentido y la importancia del cielo y las montañas, lo que es una pena.

Es un asunto tremendo señalar a alguien para que reciba la venganza de los demás. Pero es algo a lo que se puede uno acostumbrar. Uno se acostumbra a cosas terribles, como el sol. Lo verdaderamente horrible de toda la administración de justicia, incluso de los mejores de entre jueces, magistrados, abogados, detectives y agentes de policía, no es que sean malos (algunos son buenas personas) ni que sean idiotas (un puñado es muy inteligente), es sencillamente que se han acostumbrado.

Hablando con propiedad, no ven al acusado en el banquillo. Solamente pueden ver al hombre de siempre en su lugar habitual. No contemplan el imponente tribunal donde se imparte justicia, solo su lugar de trabajo. Por lo tanto, la civilización cristiana ha decidido muy sabiamente que en cada nueva ocasión reciban una transfusión de sangre e ideas nuevas procedente de las calles. Que lleguen personas capaces de ver el tribunal y la multitud, los rostros vulgares de agentes y rateros, los rostros consumidos de los viciosos, el rostro inverosímil de los abogados mientras gesticulan. Y ver todo esto como uno mira un cuadro nuevo o el estreno de una obra de teatro.

Nuestra civilización ha decidido, con toda razón, que determinar la inocencia o culpabilidad de alguien es un asunto demasiado trascendental como para confiárselo a los

profesionales. Si desea iluminar un asunto tan terrible, solicita doce hombres de la calle tan ignorantes del derecho como yo mismo, pero capaces de sentir lo que yo sentí en el banco del jurado. Cuando lo que quiere es que se catalogué correctamente una biblioteca, conocer las dimensiones del sistema solar o cualquier otra cosa irrelevantes, utiliza a especialistas. Pero cuando quiere hacer algo realmente importante coge a doce hombres corrientes que andaban por ahí. Si no recuerdo mal, el fundador del cristianismo, no hizo otra cosa.